

Una Pequeña Historia de Navidad

Carlos Rodríguez

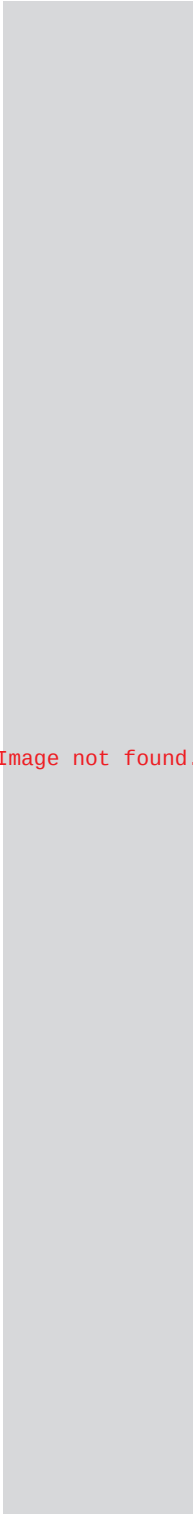


Image not found.

Capítulo 1

Capítulo I

Nevaba suavemente. En la chimenea había trozos de leña encendidos que creaban un fuego acogedor. Mamá y Papá colocaban los adornos en las paredes, las luces por todos lados, las calcetas en la chimenea y el enorme árbol justo en el centro de la casa, coronado con una dorada estrella en la punta.

Era noche buena, la víspera de la navidad, el día favorito de su pequeña hija de 10 años. Cada año, en estas fechas, a la pequeña se le llenaba de alegría el alma. Amaba escoger los adornos y luces para la casa, ayudar a adornar el árbol, que su padre la cargara para colocar la estrella en la punta, poner las calcetas en la chimenea, beber el sabroso chocolate caliente que su madre preparaba mientras veía el fuego en la chimenea, escribirle una carta a Santa Claus pidiéndole un unicornio, un poni o una muñeca, dejarle su leche tibia con galletas... pero este año era diferente.

Este año no escogió las luces ni los adornos, no ayudó a adornar el árbol ni colocó la estrella, no bebió el chocolate de su madre ni colocó las calcetas en la chimenea, no le escribió su carta a Santa ni le dejó galletas o leche... es más, ni siquiera pareció alegrarse por la fecha. Simplemente miraba melancólicamente la ventana mirando la nieve caer.

Sus padres estaban preocupados. Nunca la habían visto así. Papá se le acercó sin que ella se diera cuenta. Se colocó detrás de ella y la tocó el hombro. La pequeña se volteó y vio a su padre sonriendo.

-¿Qué tienes hija? -le preguntó-. Nunca te había visto tan triste, mucho menos en navidad.

-Nada papá, es solo que...

-¿Es solo qué?

La pequeña suspiró.

-Es solo que ya no es lo mismo.

La pequeña dejó de ver a su padre y volvió a observar la nieve caer. Papá se retiró. Estaba muy preocupado por la actitud de su hija, pero no había nada que pudiera hacer para cambiarla. Además, aún no terminaba de adornar la casa.

Luego de 15 minutos, mamá y papá terminaron con la faena.

-¡Mira como quedó la casa de linda hija! –exclamó papá. Su hija se volteó. Los padres esperaban que la actitud de su hija cambiara al ver la decoración y volviera a ser la pequeña y alegre niña de siempre, a la que tanto querían.

Pero no lo lograron. Antes bien, a su hija pareció no importarle en lo absoluto la decoración; porque la vio por unos segundos y volvió a la ventana.

Luego de un rato se aburrió y estaba a punto de irse, cuando empezaron a aparecer pequeñas lucecitas de diversos colores. Despedían un pequeño resplandor y se movían lentamente. De un lado a otro, de arriba abajo, de izquierda a derecha, sin prisa, lenta y sincronizadamente.

La niña estaba admirada de ver semejante espectáculo. Llamó a sus padres para que también lo vieran.

-¿Qué pasa hija? –Preguntó mamá mientras se acercaba.

-¡Vean, vean esas hermosas luces! –le respondió su hija señalando hacia la ventana.

-¿Cuáles luces? –preguntó papá. Su hija pareció extrañarse por la pregunta.

-¡Esas luces en la ventana!

-¿De la ventana? No vemos nada.

-¿Cómo que no ven nada? ¡Pero si están ahí!

El padre se acercó más a la ventana y entre cerró sus ojos.

-Aun no veo nada.

-¿De verdad? Déjame ver.

La niña pegó su cara a la ventana. Las hermosas luces formaban figuras: corazones, estrellas, caras sonrientes y árboles de navidad.

-¡Ahí están! ¡Yo las estoy viendo!

-Deben estar en tu imaginación.

-Pero, pero...

-Tu madre tiene razón. Pero nos alegra que ya no estés triste.

Su padre le besó la cabeza. Se retiraron y quedó sola. No entendía como ellos no habían podido ver las luces. Tal vez tenían razón y las luces solo existían en su cabeza. Estaba a punto de aceptarlo cuando oyó que alguien la llamaba por su nombre.

-Mery...

-¿Si? -dijo la niña corriendo hacia donde estaban sus padres.

-Nosotros no te hemos llamado -dijo mamá. Mery se sorprendió un poco.

-Que extraño -pensó mientras volvía a la ventana.

-Merry...

Merry corrió de nuevo hacia donde estaban sus padres, pero tampoco la habían llamado esta vez. Regresó más confundida a la ventana que la primera vez.

-Merry...

-¿Quién me habla? -dijo esta vez sin moverse.

-Aquí, en la ventana Mery...

Mery miró la ventana. Las luces formaban 2 ojos y una boca.

-Hola Mery...

Mery estaba asombrada. No podía creer lo que veía.

-¿Q-quié n e-eres? -Preguntó asustada-, ¿c-cómo s-sabes m-mi n-nombre?

-Sígueme Merry...

-¿Q-quieres q-que t-te s-siga?

Las luces se separaron y empezaron a alejarse de la ventana. Mery corrió a su cuarto y se puso su ropa contra el frío: un gorro, un abrigo, una bufanda, dos guantes y unas botas. Bajó.

-¿A dónde vas? -preguntó su madre mientras ella se acercaba a la

puerta.

-Afuera –respondió Mery mientras la abría.

-Pero está oscureciendo –repuso su padre. Mery hizo como si no oyó nada y salió.

-¿Dónde estarán? –se preguntaba mirando en todos lados, buscando las luces desde la entrada de la puerta.

-Por aquí Mery...

Mery levantó la vista hacia delante. Un pequeño brillo de colores estaba en la entrada de un pequeño bosque, a unos 60 metros de su casa. Mery corrió hacia ahí. Mamá y papá salieron preocupados fuera de la casa por Mery.

-¡Mery...! –decía su madre ¡Mery...! ¿Dónde estas Mery...?

-¡Ahí está! –dijo papá señalando hacia el bosque. Mery ingresó en el.

-¡Mery! –gritaron ambos.

Mery avanzaba siguiendo las luces, que iluminaban el oscuro lugar con su resplandor. Después de un rato las luces se detuvieron. Mery también lo hizo.

-¿Qué pasa? ¿Por qué se detienen?

-Buena suerte Mery...

-¿Buena suerte? ¿Por qué?

Las luces empezaron a desvanecerse. El lugar empezó a tornarse oscuro de nuevo.

-¿Qué? ¿Por qué se desvanecen? –preguntó Mery asustada.

-Adiós Mery...

Las luces se desvanecieron por completo y el bosque recuperó su tono oscuro y sombrío.

-¿Lucesitas?

Capítulo 2

Capítulo II

-¡Date prisa! –Exclamó mamá corriendo por el oscuro bosque- ¡tenemos que encontrar a Mery!

-Corro tan rápido como puedo querida.

Se oyó una caída. La mamá de Mery se detuvo y miró hacia atrás. Era papá. Se había tropezado con la raíz de un árbol y estaba tirado en el suelo. Mamá corrió a ayudarlo.

-¿Estás bien?

-Sí, sí, estoy bien. Solo fue una caída.

-¿Te puedes levantar?

-Sí, eso creo.

-Déjame que te ayude.

Mamá ayudó a papá a ponerse de pie.

-Bien, ahora apoya tu pie derecho.

-Lo haré... ¡ay! –papá levantó su pie derecho.

-¿Qué pasa?

-Creo que me torcí el tobillo.

-¡Ay no! –exclamó mamá preocupada.

-No puedo correr.

-Pero... ¿y Mery? ¿Qué pasa con ella?

-Creo que lo mejor es que yo vuelva a casa. No quiero ser un estorbo que te distraiga de buscarla.

-¿Pero en esas condiciones? No, no te lo permitiré. Está oscuro y te puedes hacer más daño.

-¿Pero y entonces? Ya te dije que no puedo correr así.

-Entonces iremos despacio.

Mamá rodeó a papá por el hombro izquierdo con su brazo. Papá hizo lo mismo pero por el hombro derecho. Siguieron con su búsqueda, despacio y con mucho cuidado.

* * *

Mery avanzaba despacio, con mucho miedo. No podía ver mucho por la oscuridad. Las lechuzas y búhos ponían un ambiente más siniestro con sus sonidos. No sabía para donde iba, solo sabía que caminaba. Una fuerte ráfaga de viento helado le daba en la cara. Era tan fuerte que la botó en varias ocasiones. El frío empezó a tocar su cuerpo. Temblaba. Trató de calentarse con su aliento, pero también estaba helado. Se abrazó a si misma e intentó avanzar. Difícilmente, pero lo hizo. Luego de un rato oyó un extraño ruido. Se giró en todas direcciones para saber de dónde provenía.

-¿Q-quién anda a-ahí? –preguntó asustada. Nadie respondió. Miro hacia adelante. Un enjambre de murciélagos se aproximaba a ella. Gritó. El enjambre chocó contra su cabeza, algunos querían morderla. Ella trataba de quitárselos con la mano. El enjambre la terminó derribando. Mery cayó al suelo y los murciélagos se perdieron volando hacia el cielo. Mery se quedó en el suelo llorando.

-¿Por qué? –se preguntaba entre llanto- ¿Por qué a mí?

Mery escuchó un ruido nuevamente. Levantó la cabeza. Miles de ojos amarillos la miraban desde todas las direcciones posibles. Lanzó un grito y salió corriendo con los ojos cerrados. Terminó chocando contra un árbol. Mery se puso a llorar con más fuerza.

-¡Mami! –Gritaba entre llantos- ¿Dónde estás mami?

Mery se puso en posición fetal y siguió llorando.

Comenzó a chuparse el dedo. Después de un rato sintió que le acariciaban suavemente el cabello. Se volteó. Había un anciano vestido de blanco y con su barba y cabello canosos. Sonreía alegremente mientras le acariciaba el cabello. Se asustó.

-¿Q-quién es usted? –preguntó Mery retrocediendo unos pasos.

-¡Hola Mery! –respondió el anciano sonriendo.

-¿C-cómo sabe mi nombre? –preguntó ahora Mery, muy asustada.

-¿Qué hace una niña como tú sola en un bosque tan oscuro como este?

-Venía siguiendo unas luciérnagas.

-¿Y eso? ¿Por qué?

-Pues... ellas me dijeron que lo hiciera.

-¿Las luciérnagas te dijeron que las siguieras?

Mery asintió.

-Ya veo...

-¿Y quién es usted?

-Bueno, mi nombre es...

Cuando el anciano iba a decir su nombre, unas luciérnagas comenzaron a pasearse alrededor de ambos. Era realmente hermoso. Las luciérnagas se movían lentamente, intercalando cada 2 segundos los colores verde y azul con el rosado y amarillo. Mery estaba asombrada.

-Guau –dijo Mery asombrada mientras contemplaba el espectáculo.

-Mery...

-¡Ahí está! –exclamó Mery.

-¿Qué cosa? –preguntó el anciano.

-¡La voz, la voz que me trajo aquí! ¡Escuché!

-Mery...

-¡Ahí está, ahí está! ¿Lo escuchó?

-Sí, claramente.

-¿Pero de dónde viene?

-Atrás de ti Mery...

Mery volteó. Había unas luciérnagas formando un rostro sonriente.

-Sígueme Mery.

Las luciérnagas se separaron y se internaron en la oscuridad.

-¡Ahí van, ahí van! ¡Sigámoslas! –Exclamó Mery tomándole la mano al anciano y caminando velozmente.

-De acuerdo, de acuerdo, pero espera –el anciano detuvo a Mery-, vamos despacio. Ya no estoy en la edad de correr. ¿De acuerdo?

-De acuerdo –dijo Mery haciendo un puchero con el rostro.

Mery y el anciano se tomaron de la mano mientras iban siguiendo las luces brillantes. Caminaron por largo rato. Fue entonces que las luciérnagas se detuvieron. Estaban en el centro del bosque. Mery soltó la mano del anciano y corrió hacia las luces.

-Hemos llegado Mery...

-¿Llegado? ¿A dónde?

-Pronto lo sabrás Mery...

Dicho esto las luciérnagas se desvanecieron, dejando a Mery muy confusa.

Capítulo 3

Capítulo III

Mamá y papá seguían caminando. Aunque papá tuviera el tobillo torcido, no era excusa para dejar su búsqueda.

Pero caminar así no era tan fácil, y menos en un bosque tan oscuro como ese. Y lo peor: cada segundo que se detuvieran eran menos posibilidades de encontrar a Mery. Por fin, papá se rindió.

-Ya querida, ya. Ya detente por favor –dijo papá muy exhausto.

-¿Qué, estas loco? No podemos detenernos ahora. ¡Mery nos necesita!

-Ok, ok... pero déjame descansar un poco, ¿vale?

-Vale, descansemos –dijo mamá disgustada.

-Gracias.

Papá comenzó a buscar a tientas un lugar donde sentarse. Luego de algunos minutos caminando y tropezando encontró un tronco caído. Se sentó.

-Uff –dijo papá entre suspiros mientras se sentaba.

-¿Ya terminaste? –preguntó mamá impaciente, golpeando el piso con el pie.

-Sí, si... solo dos minutos más.

-¡Nada de eso!

Mamá haló a papá hacia ella e hizo que este se lastimara su tobillo.

-¡Ay, ay! ¡Mi tobillo!

Papá se molestó con mamá.

-¿Por qué hiciste eso?

-¿Cómo que por qué? Nuestra hija está perdida en medio de este oscuro bosque, ¡y tú solo piensas en tu tonto tobillo!

-¿Ahora es mi culpa? Si no lo recuerdas te dije que regresaría a casa para no hacerte estorbo. ¿Y quién fue la que me dijo que no regresara? Ah

espera, ¡fuiste tú!

-¿Me estás echando la culpa a mí?

-¿Tu qué crees?

Mamá y papá continuaron discutiendo por un largo rato sin llegar a ningún acuerdo. Por fin, cuando vio que iba perdiendo, mamá se cansó.

-¡Ya es suficiente! –Gritó mamá- ¡discutiendo no lograremos nada! Debemos tranquilizarnos, ¿ok?

-Ok... lamento haberte gritado.

-Yo lamento haber lastimado más tu tobillo.

-¿Me perdonas?

-Sí.

Mamá y papá se abrazaron. Ya habían hecho las paces y estaban muy felices. En eso, comenzaron a oír una voz.

-Vengan...

-¿Oíste eso? –preguntó mamá.

-Vengan...

-Sí, lo oí.

-Vengan...

-¿Puedes saber de dónde viene?

-Vengan...

-Sí, eso creo. Solo necesito oírlo otra vez...

-Vengan...

-¡Por aquí, se escucha delante nuestro!

Mamá y papá empezaron a seguir la voz. Iban despacio, por el tobillo de papá. Sin embargo, después de un rato, ya no oyeron la voz. Guardaron silencio varias veces, pero ya no la volvieron a oír.

Y cuando estaban a punto de volver hacia atrás, una pequeña luciérnaga se puso frente a ellos. Giró en círculos varias veces y voló hacia ellos. Se apartaron para que no chocara con ellos. Y cuando quisieron continuar siguiéndola con la vista... se encontraron con una gran sorpresa. Frente a ellos se encontraba un sendero iluminado por hermosas y resplandecientes luces que provenían de los árboles.

-Por aquí –escucharon decir a una voz muy familiar. Era la misma voz que los había traído aquí. Mamá estaba asustada.

-¿Vamos? –le preguntó a papá mirándolo. El la tomo de la mano.

-Vamos –dijo con mucha seguridad mirándola a los ojos. Mamá sonrió y apretó fuertemente la mano de papá y ambos caminaron por el sendero.

* * *

Mery regresó hacia el anciano y se veía un poco decepcionada.

-¿Qué ocurrió? –le preguntó.

-Nada.

-¿Nada? Yo te veo muy triste. Dime que pasó.

-Eso es lo que pasó: ¡Nada! ¡No pasó absolutamente nada! Dejé a mis padres por seguir estas tontas luciérnagas y... -sus ojos se llenaron de lágrimas- ¡Y ahora estoy sola, sin nadie!

Mery comenzó a llorar. El anciano le extendió sus brazos y ella lo abrazó fuertemente mientras continuaba llorando.

-Ya, ya, ya cálmate. No llores, ¿de acuerdo? Mírame.

Mery miró al anciano. Muchas lágrimas corrían por sus mejillas pero el las limpiaba con su pulgar. La nariz de Mery estaba algo mocosa.

-No estás sola. Me tienes a mí, ¿lo olvidas?

Mery asintió y se limpió la nariz con la manga de su camisa.

-Además, dentro de poco habrá más compañía.

-¿Cómo lo sabe?

-Es una corazonada.

-¡Mery! –gritó una voz familiar. Mery dejó de abrazar al anciano. Estaba oscuro, ya que la única luz que había provenía de las luciérnagas, y estas habían desaparecido.

-¿Oyó eso?

-¡Mery!

-Sí, lo escuché.

-¡Mery!

-¿De dónde proviene?

-No lo sé.

Y mientras el anciano pronunciaba estas palabras los árboles se iluminaron hermosamente. Las luces despedían un precioso brillo, que hacía parecer que el tiempo pasaba lentamente. Mery contemplaba asombrada lo que sucedía. Mientras giraba su cabeza para contemplar todo, vio a 2 personas a lo lejos. Una de ellas corría y la otra caminaba cojeando. Mery corrió hacia ellos. La persona que corría, al ver a Mery correr hacia ella, corrió con más fuerza. Y la otra persona, como pudo, también apresuró su paso.

-¡Mery! –Gritó la mujer abrazando a la pequeña- ¡Mery! ¡Por fin te encontramos!

-¡Mami!

Madre e hija lloraron. El padre de Mery, que por fin logró llegar a donde ellas estaban, se acercó y se unió al abrazo. Los 3 compartieron un abrazo familiar único y especial, como ningún otro. El anciano sonrió y se acercó.

-Me alegra mucho que hayas llegado hasta aquí Mery.

Mery y sus padres se dejaron de abrazar. Papá se puso enfrente de su esposa y Mery y su esposa la protegió con el brazo.

-¿Quién es usted? –preguntó papá en con un tono de seriedad.

-Me alegra que preguntara. Yo soy quien trajo a Mery a este lugar.

-¿Qué? –dijeron los 3 al mismo tiempo sorprendidos.

-¿Quiere decir que fue usted el que mandó las luciérnagas que me

traieron aquí?

-Así es.

-¿Entonces usted fue el responsable de que Mery abandonara su casa y se internara en este oscuro bosque? –preguntó la mamá de Mery mientras se separaba de ella.

-Efectivamente.

-¿Y por qué hizo semejante cosa? –preguntó el papá de Mery enfadado.

-Porque ella es la elegida.

-¿Elegida? –preguntó los tres.

-Sí, la elegida.

-¿Elegida para qué? –preguntó Mery confusa.

-Para ser mi sucesora.

-¿Sucesora?

Capítulo 4

Capítulo IV

-Si. Hace unos 77 años yo también fui elegido, elegido para tener una de las mayores responsabilidades del mundo: El procurar que el espíritu de la Navidad no se acabe. Yo era como tú Mery. Amaba la navidad y disfrutaba todo lo relacionado con ella: El árbol, las luces, los regalos, el chocolate, las calcetas colgadas en la chimenea, ¡todo!

Por eso fui elegido, por amar y disfrutar la navidad más que los demás. Además, el que me eligió me dio algo muy especial.

-¿Qué es? –preguntó Mery ansiosa. El anciano mostró una piedra de cristal pequeña que colgaba de su cuello. Brillaba mucho, con un resplandor muy notable.

-¡Wow! –exclamó Mery asombrada.

-Esto, mi pequeña Mery, es un collar mágico. En la piedra se encuentra todo el poder navideño. ¿Ves cómo brilla? Mientras más brilla más poder tiene.

-¿Y qué puede hacer?

-Lo que sea Mery, ¡lo que sea!

-Eso es una ridiculez –dijo el padre de Mery-. La magia no existe, ¡todo el mundo lo sabe!

-¿Qué la magia no existe? Ya lo veremos. Ahora, ¿qué tiene en el pie? Veo que lo tocas constantemente.

-Me lo lastimé en el bosque mientras buscaba a mi hija.

-Ok. Ahora verás el poder de la magia. Navideña.

El anciano respiró hondamente varias veces. Cerró sus ojos y puso sus manos cerca de la piedra del collar. Movié sus dedos como si creara una honda. Entonces, abruptamente del collar las manos separó y todo se oscureció.

-¡Mami! –dijo Mery asustada mientras abrazaba a su madre.

-Tranquila hija, todo va a estar bien. Lo prometo.

Cuando la madre de Mery terminó de decir esas palabras un brillo blanco y resplandeciente apareció. Era muy segador y difícil de ver. Provenía del collar del anciano. El collar empezó a flotar y a llenar todo el bosque con su brillo. Papá miraba protegiendo su vista con la mano. Mery seguía asustada, abrazando a su madre. El collar dejó de emitir brillo lentamente hasta casi apagarse. Mery decidió abrir los ojos. Del collar comenzó a caer una especie de brillo colorido.

Caía lentamente. Era hermoso. Los árboles se llenaron de su esplendor y crearon un mágico ambiente. Mery estaba asombrada. Su padre comenzó a sentir cosquillas en su tobillo lastimado. Lo miró y se asustó. Una especie de brillo amarillo rodeaba su lesión. A los pocos segundos su tobillo se recuperó. Estaba pasmado. Miró al anciano y este sonreía.

-Y-yo yo... -tartamudeó el padre de Mery- no sé que decir.

-Yo si -dijo el anciano-. La magia es real, y existe.

El collar finalmente dejó de brillar y descendió poco a poco hasta llegar al cuello del anciano. Este, al momento de que el collar rozó su cabeza, cayó al suelo. Mery corrió asustada hacia él. Sus padres corrieron tras ella.

-¿Se encuentra bien señor? -preguntó Mery tratando de ayudarlo a levantarse.

-Sí, sí. No te preocupes.

El anciano como pudo volvió a ponerse de pie, pero se veía muy débil.

-¿Qué le pasó? -Preguntó la madre de Mery- ¿Por qué cayó al piso?

-Es por el poder del collar. Para poder realizar lo que vieron tuve que transferir parte de mi poder al collar. El problema es que mi poder no estaba completamente recargado y tuve que transferir poder extra que debilitó mi cuerpo.

-Yo creí que la magia era ilimitada.

-No Mery, no lo es.

Hubo un pequeño silencio, que fue terminado por el padre de Mery.

-Este... -dijo dirigiéndose al anciano-, creo que le debo una disculpa. Parece que... me equivoqué con respecto a usted. Es una buena persona y... bueno, le pido que por favor me perdone.

El anciano sonrió y se acercó al padre de Mery y lo abrazó.

-No te preocupes, te perdono.

El padre de Mery aceptó el abrazo y se le salieron unas lágrimas. Fue una conmovedora escena.

-¿Y cómo se recarga la magia del collar? –preguntó Mery. Su padre y el anciano se separaron.

-Es fácil –dijo el anciano. Se quitó el collar y se lo puso a Mery-. Solo debes pensar en una cosa: todos los buenos momentos que has vivido en navidad.

-Pero... ¿y si no tengo ningún buen momento en navidad?

El anciano se sorprendió un poco.

-Pero Mery, ¡es navidad! Todos tenemos un buen momento en navidad.

-Ya lo sé pero... ya no es lo mismo que antes. No siento la misma alegría que sentía años atrás –le salieron algunas lágrimas de sus ojos-, ¡ya estoy muy grande para eso!

Mery comenzó a llorar. El anciano, con mucho cuidado, se agachó frente a ella.

-No digas eso –dijo el anciano secándole las lágrimas-, nadie es lo suficientemente grande como para celebrar la navidad, ¿de acuerdo? Ahora, lo único que debes hacer es recordar Mery. Recuerda todos aquellos buenos momentos que has vivido en esta fecha. ¿Puedes hacerlo? –Mery asintió y el anciano sonrió-, perfecto.

El anciano se levantó y se alejó unos pocos metros.

-¡Y recuerda Mery! –Volvió a decir el anciano- ¡Cierra los ojos y piensa!

Mery cerró sus ojos. Algunas lágrimas aún estaban en su cara. Empezó a pensar y a tratar de recordar. Trató y trató, pero no lo consiguió. Se dio por vencida y sus ojos abrió.

-No puedo hacerlo.

-¡Si, si puedes Mery! –Gritó el anciano- ¡No te des por vencida, solo esfuérzate un poco más! ¡Ánimo!

Capítulo 5

Capítulo V

Mery volvió a cerrar los ojos con más fuerza. Buscó y buscó entre sus pensamientos pero no encontraba nada. Estaba desesperada. Ya estaba a punto de rendirse una vez más cuando oyó a su madre decir: "Vamos Mery, ¡tú puedes hacerlo hija! ¡Confiamos en ti!"

Eso le hizo recordar a sus padres, a su casa y a los buenos momentos que pasaban juntos. Recuerdos iban y recuerdos venían. Mery ya se estaba calmando un poco.

Entonces, uno de esos pensamientos le llamó la atención. Estaba ella buscando algo en una caja. Parecía desesperada. Buscaba y buscaba sin éxito alguno. Iba a comenzar a llorar cuando una sonrisa se formó en su rostro. De la caja sacó una hermosa estrella dorada. La abrazó con fuerza y se fue corriendo.

-¡Papi! ¡Papi! –exclamó mientras se acercaba a su padre.

-¿Qué pasa hija? –le preguntó su padre dándole un abrazo.

-¡La encontré! ¡La encontré! ¡Encontré la estrella! ¡Mira!

Mery le mostró triunfante la estrella a su padre.

-Bien hecho Mery –dijo su padre dándole unas palmadas en la espalda.

-¿Puedo ponerla? ¿Puedo ponerla?

-¡Ja ja ja! Por supuesto.

-¡Sí!

Mery dio algunos saltos de felicidad. Su padre le extendió y la cargó para que colocara la estrella en la punta del árbol, adornado con listones, bastones, figuritas navideñas, guirnaldas, copos de nieve y muchas luces. Fue un poco difícil pero al final lo consiguió. Miró satisfecha el hermoso árbol de navidad y los regalos que bajo el estaban.

Y así, gracias a este recuerdo, empezaron a llegar más. Recordó como amaba ayudar a sus padres a decorar la casa, como amaba tomar chocolate caliente y calentarse bajo la chimenea, como amaba salir a la nieve y divertirse haciendo ángeles de nieve, como amaba escribirle su carta a Santa Claus pidiéndole un poni, un unicornio o una muñeca... pero

lo más importante: recordó cómo amaba la navidad.

El collar comenzó a iluminarse ante la vista de todos y empezó a flotar junto con Mery. A los pocos segundos ya estaban a 3 metros del suelo. El collar despidió una luz blanca que la empezó a cubrir. El brillo era tan fuerte que todos tuvieron que taparse los ojos.

-Es ella –se dijo el anciano-, no me había equivocado.

La luz finalmente empezó a desaparecer y ahora Mery llevaba puesta una túnica blanca. Su cabello café ahora era una rubia y larga cabellera. Sus padres no podían creer lo que veían.

-¡Mery! –gritó el anciano. Mery abrió los ojos y se asustó. Estaba muy lejos del suelo y en vez de su ropa normal ahora traía una túnica blanca.

-¡Ayuda, ayuda! ¿Qué hago? ¿Qué hago? –decía Mery moviendo sus manos y pies desesperadamente. El anciano se rio.

-Tranquila Mery, solo piensa en tu mente que deseas bajar.

Mery lo hizo y al poco tiempo ya se encontraba de nuevo en el suelo. Corrió a abrazar a sus padres, quienes aún estaban atónitos por lo ocurrido. El anciano se acercó.

-¿Q-qué fue l-lo que p-pasó? –Preguntó Mery asustada y entrecortada- ¿Por qué e-estoy así?

-Tranquila Mery, esta es la prueba.

-¿Prueba?

-La prueba que demuestra que eres la elegida del collar, para velar que el espíritu navideño no se acabe, así como lo hice yo.

¿Pero por qué yo?

-Porque eres la única que aun disfruta y vive con una genuina y verdadera alegría. Vivimos en tiempos difíciles Mery, ya los niños no celebran la navidad como antes. Han perdido la emoción y el deseo. Sumado a eso, por mi avanzada edad, ya no puedo cumplir mi misión. Por eso el collar te eligió para ser mi sucesora. Mery, en este momento te voy a encomendar

una misión un poco más pesada que la mía: quiero que hagas que vuelva a nacer en los niños el espíritu genuino de la navidad. Y una vez hecho deseo que procures que ese espíritu genuino no desaparezca. Mery, ¿aceptarás esta enorme tarea que te estoy encomendando?

Mery estuvo pensativa, mirando al anciano y al collar.

-Yo... no lo sé... ¿y si fracaso?

-No vas a fracasar Mery. Si fuera así el collar no te elegiría.

-¿Pero y si no me creen?

-Para eso tendrás el collar, para que les demuestres que es cierto.

-Pero... pero...

-Mery, ya no pienses en excusas. Este es tu destino. Al principio yo también tenía dudas como tú. No me creía capaz de poder realizar tal tarea. Pero, ¿sabes qué? Decidí intentarlo. ¡Y mírame! ¡He logrado cumplir la misión por más de 77 años! ¿Vas a aceptarlo?

Mery miró a sus padres. Ellos movieron la cabeza afirmativamente, en señal de apoyo. Volvió a mirar al anciano y al collar. Y con una gran seguridad asintió con la cabeza.

-Está bien, acepto.

El anciano sonrió y la abrazó.

-Muy bien Mery. Tienes una gran tarea de hoy en adelante. ¡No me decepciones!

-No lo haré.

El anciano dejó de abrazarla.

-Bueno... creo que es todo. Mi labor ya ha terminado.

El anciano se despidió de Mery y de sus padres y comenzó a alejarse. Mery miró su collar y se dio cuenta que aun llevaba puesta la túnica blanca y el cabello rubio.

-¡Disculpe! –gritó Mery al anciano. Este se volteó- ¿cómo hago para volver a tener mi ropa y mi cabello normal?

-Sólo quítate el collar.

Mery lo hizo así y efectivamente su ropa normal y su cabello volvieron.

-¡Gracias!

-Por anda. ¡Hasta la vista Mery!

El anciano siguió caminando hasta perderse de la vista de Mery. Sus padres se acercaron a ella.

-¿Estás bien? –le preguntó su mamá.

-Si mamá. ¿Y sabes? Creo que nunca me había sentido mejor.

Mery volvió con sus padres a casa muy contenta. No solo por la experiencia vivida, sino porque la chispa de la navidad había vuelto a surgir en ella.

FIN